

A-C.115/6

DESENGAÑOS

DE

DON RAMON.

IMPRESIONES DE UN FORASTERO EN MADRID,

POR

JEREMÍAS.

---

MADRID.

Imp. de EL CASCABEL, á cargo de M. Bernardino,  
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚM. 4.

1865.

# EL CASCABEL.

PERIÓDICO FESTIVO, LITERARIO Y POLÍTICO.

6 rs. por tres meses en toda España.  
Hace frecuentes regalos á los suscritores.

---

## MÁXIMAS MORALES AUTÓGRAFAS

*de los contemporáneos más distinguidos en ciencias, literatura y política, reproducidas de los manuscritos originales, y publicadas por D. Carlos Frontaura.*

Las MÁXIMAS MORALES AUTÓGRAFAS constan de 7 entregas, á 4 rs. cada una, pagando siempre una adelantada en Madrid.

Las personas de provincias que deseen suscribirse, remitirán al hacer el pedido el importe de la obra completa.

Las personas que adelanten el importe de la obra al suscribirse, la obtendrán por : 4 rs.

Las suscripciones de provincias, en libranzas á D. C. Frontaura.

Se han repartido las entregas 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>

Dirección de la obra: Calle de los Caños, núm. 4, principal derecha.

---

## HISTORIAS TRISTES,

POR

D. CÁRLOS FRONTAURA.

Un tomo de 160 páginas, 4 rs. en la Administración de EL CASCABEL, calle de los Caños, núm. 4.

---

EN PRENSA.

---

## ROMANCES POPULARES

POR

D. CÁRLOS FRONTAURA.

Un tomo de más de 300 paginas.

---

LAS TIENDAS,

POR EL MISMO AUTOR.

---

DOS TOMOS.

1857/1702

18

DOX. 1. 1702.

PRINTED BY THE UNIVERSITY PRESS, CAMBRIDGE.

1857

LIBRARY

M. 1702

Printed by the University Press, Cambridge.

1857

12  
87537

DESENGAÑOS

DE

DON RAMON.

IMPRESIONES DE UN FORASTERO EN MADRID,

POR

JEREMÍAS.

—

MADRID.

Imp. de EL CASABEL á cargo de M. Bernardino,  
CALLE DE LOS CAÑOS, NÚM. 4.

—  
1865.



FEZFS  
A-115/6

DEPT. OF THE INTERIOR

BONAVANTON

TERO

DEPARTMENT OF THE INTERIOR

NO.

RECEIVED

RECEIVED

DEPARTMENT OF THE INTERIOR

RECEIVED

RECEIVED

## AL LECTOR.

Preciso es aclarar cualquier duda, que al ver la portada de este libro pudiese ocurrir al que lo leyera, acerca de quién podrá ser ese D. Ramon *desengañado*; no porque en el dia haya nadie capaz de hacer suposiciones gratuitas sobre este epigrafe, sino para que, tanto la generacion presente como las venideras, sepan desde luego que este D. Ramon es un hermano mio, natural de Cifuentes, que así está lejos de ser lo que su nombre aparenta, como el titulo de este libro de lo que á cualquiera se le antoje imaginarse.

El caso es únicamente que al nacer el tal hermano que Dios me ha dado, tuvieron nuestros padres la idea de llamarle Ramon.

Que al crecer él en edad y en posicion, ha aprovechado la favorable coyuntura de alcanzar unos tiempos en que todos, nada más que por odio á cuanto huele á aristocracia, nos llamamos *Don*.

Que jamás aquellos buenos padres nuestros, sencillos labradores, pudieron figurarse que andando los años, habia de llamarse su hijo D. Ramon, ni mucho ménos que por solo usar este titulo de dignidad antepuesto á su nombre de pila, habia de experimentar, al oirlo el resto de los

mortales contemporáneos, cierta sensacion más ó ménos agradable.

Que seguramente no les guió otra idea que la original de escoger un santo *Nonnato*, sin calcular ni remotamente, la celebridad que algun dia, solo por llevar tan retumbante nombre, habia de suponerse á su hijo, al leer la cubierta de un libro nada ménos, ¡que él, criado entre terrones como las alondras, habia de dar á la estampa!

Que las ideas de mi hermano han sido empero más lógicas, puesto que habiendo tenido siempre ínfulas de hombre dado á las letras, ha dicho: Ya que mi santo fué *Nonnato*,—si es posible que sin ser fuese,—yo tambien puedo ser literato *nonnato*, y por lo tanto serlo sin serlo.

La cuestion no es muy clara que digamos, pero no es ahora caso de entrar en explicaciones complicadas.

Hechas, pues, tan indispensables aclaraciones y sabido que mi hermano es dado á escribir, como por lo general lo somos todos á aquello que ménos sabemos hacer, he aquí la carta que desde Cifuentes me ha remitido un dia de estos:

«Mi querido Jeremías: Ya sabes mi decidida aficion á la literatura y mi constante deseo de ser algo más que un oscuro habitante del país de la miel y de las castañas.»

«Tampoco ignoras que, cuando tú estabas en Asturias, fuí á Madrid por primera vez, y que como aquel viaje era el acontecimiento más importante de mi vida, abrí un cuaderno de apuntes, donde fuí anotando cuanto de curioso ví ó cuanto de singular me ocurrió durante aquel período memorable, con el fin de dar á luz más tarde el relato de mis aventuras y desengaños en aquella, para mí, tan atrevida expedicion, y que de este modo conste en adelante, no solo que en nuestra familia hay hombres que cultivan las letras lo mismo que las cepas, sino que vean tambien nuestros descendientes que entre sus ante-



pasados hubo quien, sin ser inglés, se perdió entre los escollos madrileños, como el intrépido Franklin se perdió entre los hielos del Norte.»

«Estas razones y las que en la introduccion de mi obra enumero, pueden servir como de exposicion del objeto que al publicarlas me propongo y como de prólogo al manuscrito de la misma, que adjunto te remito, de cuya fama póstuma quiero que tú tambien participes, poniéndole tu firma al pié, consiguiendo de estemodo que toda la gloria quede entre la familia.»

«Adios.—Tu hermano.—Ramon.»

Cumplo, amado lector, con el encargo.

No veas en mí más que el cañon de la trompeta por donde la Fama envia al mundo entero el preclaro nombre de *D. Ramon el de Cifuentes*; y así como de la corona de triunfo con que éste piensa ceñir su frente, me cede las puntas que sobran por debajo del lazo que une sus extremos, yo te ruego que de la indulgencia que puedas tener con él, concedas una buena parte á su hermano

**Jeremias.**



# DESENGAÑOS DE D. RAMON.

---

## INTRODUCCION.

Tiempo hace que hierve en mi cerebro la idea de escribir, para hacerme hombre de pró, y sobre todo para dar en rostro á mis vecinos, que siempre andan diciendo, que *aunque le mona se vista de seda, mona se queda: que mal pega el Don con el Tiruleque*, y que por más que el *Din* me de *Don*, no tengo otro don que el de echarlo todo á perder.

Mas si he de ser franco, nunca hallé materia sobre que hacer brillar los destellos de mi erudicion y de mi fogoso entendimiento.

Parecia que siendo labrador debia saber algo de agricultura, y poder escribir algun tratado útil para la labranza; pero á más de que lo que yo sé en este punto lo saben hasta las yuntas de mi casa, no es de hombres modernos escribir de lo que caritativamente hemos de suponer que entienden.

¡La política!—¡De esto sí que escribiria yo, si no fuera temiendo á cualquier ley de imprenta que se nos descuelgue por ahí el dia ménos pensado!

Porque si no fuera por este temor, ¡qué otra

cosa podia detenerme, como no fuera la infinidad de españoles que hay dedicados á tan sencillo trabajo!

Vamos á ver, ¿qué estudios se necesitan para escribir política, ó hacer política, ó deshacer hasta la política, ó embañarnar la política, ó como VV. quieran decirlo? ¿Dónde están esas cátedras de donde brotan enjambres de políticos de gran talla, de talla oscura y de marca *liliputiense*?

Pues yo me contentaria con ser un politico del tamaño del célebre *Thom Pouce*: un politico de bolsillo, y poder ir en el de una de esas bonitas damas que, segun nos cuentan, se dan ahora á la política.

Con todo, el horno no está para hacer bollos; y por lo tanto, he renunciado á este género de Literatura galante, que dejará á la posteridad una relevante prueba de la *impolítica* del siglo XIX.

En esta incertidumbre he pasado mucho tiempo, hasta que el viaje que he hecho á Madrid me ha decidido á lanzarme en la vida pública, haciendo idem mis desengaños y mi disposicion para relatarlos.

Resuelto á llevar á cabo tan colosal empresa, no he perdonado medio alguno para darla todo el brillo imaginable.

Por de pronto y para que los de Cifuentes viessen que yo habia visto y leído más de lo que ellos se imaginaban, puse al pié de cada concepto tres, cuatro y hasta seis asteriscos ó estrellitas, formando una especie de *via lactea* que herloseaba mucho la obra.

Luego, pensando en arrojar más luz sobre ella, dibujé la luna en la primera página, lo cual le daba cierto aire de *nocturno*, que tambien los hay en literatura, como los hay en música.

Despues la embellecí mucho más, pintando con suma maestría en cabeza del manuscrito un sol, que despedia tal claridad, que apenas se podia fijar la vista en él ni dos segundos siquiera.

Al principio de cada capítulo puse uno de los doce signos del Zodiaco, y por conclusion de todo la Osa mayor.

En vista de tanta inventiva no hallé inconveniente alguno para titular mi obra: *Aventuras celestiales, escritas con tinta azul celeste.*

Pero despues he reflexionado que este sistema desdice de la gravedad del asunto, y que renunciando á tanta astronomía, debo presentarme con cierta circunspeccion en la *cosa pública* de las letras.

No he puesto *república* por lo que todos VV. podrán comprender; á más de que mis convecinos hubiesen dicho que traducia al pié de la letra la palabra latina *res publica*.

Por lo tanto, todo mi conato se ha reducido á pensar en el nuevo título que deberia escoger.

Sucesivamente se me han ocurrido los siguientes:

Primero.—*D. Ramon ante la capital de la Monarquía.*

Mirando este por su principio, es muy terne y muy de efecto; pero mirado por el fin, me parecia algo *neo*.

Lo desecho.

A ver este otro.—*¡La víctima del engaño!*

Este estaria muy en boga, si yo me determinase á ponerle.—Pero.... ¡vuelvo!

Otro.—*¡De dónde viene?—¡A dónde va Don Ramon?*

¡Este sí que es de moda y bonito!

Pero nó; tambien renuncio á él.—No quiero adquirir una popularidad que me cueste algun disgusto de los que áquejan á tantas otras celebridades de la importancia que la mia.

Cedo, pues, á la fuerza de mis tiempos, renunciando al refocilo de ser *víctima*.

Y si á VV. no les parece mal, pondré al relato de mi primer viaje á Madrid lisa y llanamente el título que va en cabeza del mismo.



## IMPRESIONES PEREGRINAS.

«El hábito de reflexionar produce una vida interior que todo lo ve animado y bello. En esta disposición del alma, todo es para ella objeto de meditación; y así como el aficionado á la botánica experimenta un gran placer al encontrar una flor nueva, así el moralista no le experimenta mejor al ver brotar en torno suyo verdades de mucho más valor que el de una planta desconocida.»

BON-TETTEN.

### I.

Hoy 1.º de Abril he llegado muy de mañana á Madrid, á donde vengo principalmente para activar el pronto y favorable despacho de cierto asunto de sumo interés para mí.

Aunque me he hospedado en la misma casa en que lo está un amigo y paisano mio, ni este come en ella, ni al objeto que me propongo en la capital cuadra de modo alguno sujetarme en este particular al capricho de nuestra patrona.

Por lo tanto, tomo posesion de la habitación que me estaba reservada y me recojo á descansar un rato.

La impaciencia de ver y observar lo que ocurre en este laberinto, del que tantas cosas raras se cuentan allá en mi pueblo, me obliga á levantarme al poco rato y á salir cuanto antes á la calle.

¿Quién sabe si á cada paso van á brotar en tor-



no mio flores que para un forastero siempre han de ser desconocidas?

¿Quién puede adivinar si ahora voy á saber verdades de sumo valor, aunque no sea más que por lo que me cueste aprenderlas?

Por otro lado, el estómago empieza á declararse en abierta rebelion contra la cortesía, precisándome á dejar con la palabra en la boca á mi amigo, para ir en busca de algo que poner en la mia, que no sea tan poco nutritivo como lo son las palabras.

---

Empiezo, pues, por recorrer al acaso varias calles, en direccion al centro de la poblacion, admirando lo grandioso de los edificios,—que son grandiosos,—y otras cosas por el estilo.

Como llueve á torrentes, tengo ocasion de aplaudir el espíritu previsor de los reglamentos de policia y ornato público, que, con el fin de que los transeuntes aprovechen toda el agua que el cielo les envíe, ha dispuesto que, de las vertientes de los tejados, unas bañen los piés del viandante, mientras otras le bañan la cabeza.

Y para que no haya evasion posible de estas últimas, unas vierten en las aceras, y otras en medio de la calle.

El baño general es, por lo tanto, inevitable.

---

Pero no es caso de empezar á reflexionar antes de haber fortalecido el estómago.

Busquemos una fonda, y almorcemos.

Cualquiera creerá que, en sabiendo leer, es fácil encontrar en Madrid un establecimiento de esta clase.

Pues es un error.

Llega V. á la Puerta del Sol é islas adyacentes, y en cuantos faroles, farolas, farolitos y reverberos se ven colgados en los balcones, no se

lee más que *Hotel* de tal cosa, *Hotel* de tal otra.  
Está muy bien.

Yo no tengo obligacion de saber el idioma francés, por más que sí la tenga, hasta cierto punto, de ser hombre instruido.

Pero ¿quién ha dicho que no puede cifrarse la instruccion en cosas mucho más interesantes que el conocimiento de las lenguas vivas?

Lejos de mí el negar ni rechazar la utilidad de tan provechoso estudio.

Me gusta mucho un buen estofado de lengua, sea esta de la nacion que quiera, y eso que, por el hecho de estar estofada, ha de ser precisamente lengua muerta. Y en cuanto á las vivas, ¡Dios me asista! ¡Qué lengüecitas hay por esos mundos!

Pues señor: *Hotel*.—Quedo enterado.

Esto debe ser una corrupcion del dialecto valenciano, en el que la palabra *Posada* se dice *Hostal*.

No busco posadas.

Posada en España es sinónimo de purgatorio.

Plagas, hambre, martirio, y las llamas del Infierno en perspectiva.

Basta pedir un par de huevos en una posada para que contesten que no los hay, aunque se estén viendo las gallinas.

Pida V. jamon.

Tampoco hay.

Pida V. lo que quiera, que de nada encontrará, como no sean sopas y vino.

Eso sí: vino, en abundancia. Como que por lo regular dichas casas están todas situadas al pié de arroyos, rios ó fuentes, y si no, todas tienen pozos, á fin de que no falte agua para las cabañerías.

Pero tate: aquí hay un *Hotel* que se llama de los Embajadores, en cuyo farol,—en el del *Hotel*,—se lee: *Cenas á todas horas*.

¡Adios esperanza mia!

¿Cómo he de almorzar ni comer donde no se sirven más que cenas á todas horas?...

¿Si será costumbre ó ardid diplomático de los embajadores no hacer otra cosa más que cenar veinticuatro veces al dia?

En tal caso no será cierto lo que dicen, de que algunos de ellos son *cena á oscuras*.

¿Qué demonio de idea, qué pensamiento económico-culinario, qué cálculo á la *fourchette* habrá impulsado al dueño de este *Hotel cenador* para no servir en él otra comida?

Vamos, si le digo á VV. que estos extranjeros son el mismo Barrabás.

Sigamos adelante.

*Restaurant de... Restaurant de....*

Pues señor, aquí es donde peor se escribe el castellano.

¿Para qué será esa *t* final en la palabra *restauran*? Y luego, *restauran de*, en vez de decir qué es lo que restauran.—Está visto: en Cifuentes no sabemos la mitad de lo que pasa en el mundo.

*Café... Almuerzos y cenas.*

*Café de... Almuerzos y cenas.*

*Café de... Cenas y almuerzos.*

*Café de... Almuerzos, billar y cenas.*

¿Conque es decir que todo está invertido en este centro de la civilización española?

¿Conque aquí no se come, puesto que no se anuncian por todas partes en francés y en castellano más que cenas y almuerzos?

Pues almorzaremos; eso es lo que yo quiero.

Pero si nos atenemos al rótulo, me expongo á que no me den el almuerzo sin la cena.

Y francamente, para cenar es muy temprano.

¿Y si me dan la cena antes que el almuerzo?

¡Sería curioso empezar por una ensalada de berros, cuando aun se está en ayunas!

Pues no digo nada si *velis nobis* le obligan á



uno á comerse un billar entre almuerzo y cena.  
¡Válgame Dios! muchas flores nuevas voy encontrando, tan nuevas, que jamás las he visto; pero maldito el júbilo que experimento al ver que las horas pasan y que nada como.

II

Continuemos:

*Fonda de.... Mesa redonda á las cinco.*

Si fuese más tarde entraria aquí á ver de qué maña se sirven para que esta mesa no sea redonda hasta las cinco de la tarde.

*Fonda de.... Table d'hote.—Mesa redonda.*

¡Dale con que son redondas! ¿Y á mí qué me importa?

Y que son de tabla.

Pues lo mismo me da; lo que es menester que nos digan es, si en estas fondas dan bien de comer, y hemos concluido.

Pero ¡gracias al cielo!

*Fonda Española.*

Aquí no dicen lo que dan, lo cual prueba que ó dan de todo ó no dan nada.

No sé por qué, al leer este rótulo experimento aquel regocijo de que habla *Bonstetten*.

Como tengo un hermano que se llama Jeremías, tengo algo de profeta; y mi corazón es tan leal, como dicen en mi tierra, que con mucha anticipacion me pronostica los sucesos.

Entro, pues, almuerzo, y entre plato y plato me entrego á la meditacion.

En este local ha de suceder algo grande en breve tiempo, he dicho para mí.

No sé por qué ni cómo; pero aquí ha de suceder algo asombroso algun dia.

Y ¡oh presciencia admirable!

Ya han visto VV. despues lo que al año de mi pronóstico ha sucedido.

Entónces no podia yo determinar el suceso ni en globo ni en detalle; pero me preocupó aquel



presentimiento en tales términos, que me volví maquinalmente á mi casa, me acosté, quedéme dormido, siempre meditando, y no he despertado hasta la mañana siguiente.

II.

Ayer perdí el día por completo.

El cansancio, la falta de reposo y los demás motivos que he manifestado, fueron la causa de mi prolongado sueño.

Hoy pienso emplearlo mejor.

El tiempo está hermoso.

Paseémonos.

He almorzado y no son más que las doce; conque vamos hácia la Puerta del Sol.

¡Cuántos hombres hay parados en este sitio! Serán todos rentistas ó extranjeros.

Extranjeros más bien.—Yo he leído, no sé dónde, que segun Strabon, los antiguos españoles eran tan afectos al trabajo y tan enemigos del ocio, que al ver por primera vez á unos centuriones romanos pasearse por la plaza pública, se burlaron de ellos, tomándolos por locos.

No es posible, por lo tanto, que entre los descendientes de aquellos españoles haya ahora tanto perezoso.

Más bien serán descendientes de los centuriones paseantes, porque como aquellos indios romanos estuvieron por acá tantos años, todo pudiera ser.

Escuchemos lo que dicen.

—Hola, D. Liborio; ¿á dónde va V. con su capita? á paseo, ¿no es verdad?

—Nó, señor; voy á mis negocios.

—¡Já!... ¡já! A sus negocios ¿éh?

—¿Qué hemos de hacer sino trabajar?

—¿Y en qué trabaja V?

—Hombre, como no tengo rentas ni destino, me ocupo en varias cosas que me reportan alguna utilidad.

—Yá; ¡buena utilidad sacará V. por cierto!— Pues yo estoy aquí haciendo tiempo para ir á hacer visitas, á paseo, á comer, y luego al teatro.

—Esa es buena vida.

—No es mala.

—Amigo mio, V. no tiene precision de trabajar, pero no le envidio su dicha.—Conque hasta la vista.

Este señor D. Liborio tiene razon.—Poco envidiables son estas plantas estériles, que ni saben hacer ni hacen otra cosa que comer, pasear, dormir, y cuando más, cobrar un sueldecito en cambio de tan improbo trabajo.

—¿Qué hay de nuevo, Manolo?

—Hombre, que muy pronto se va á armar una, que ni los rabos han de quedar.

—Es claro: como que, segun dicen los periódicos, creo que ya se nos va acabando la paciencia...

—¿Me prestas ocho cuartos?

—Chico, todo lo he perdido esta mañana al tute.

—Pues á mí, una sotita me dejó anoche sin un *calé*.

—Vaya, dame un cigarro.

—Toma esa punta, que es lo único que me queda.

—¿Pues no estabas ayer tan en grande?

—Sí; pero por la tarde estuve en el *gazapon*, y como el *Tuerto* es un pillo....

—¿Lo perdiste todo?

—¡No es cosa! pero si no acude tan pronto el *Zurdo*, lo dejo allí seco de una *mojáa*.

—Ea, vámonos al café de la Juana, que allí nos fian, y echaremos un *cané*.

Vaya; ¿de dónde sacarán estos caballeros el dinero que pierden al juego? ¿del trabajo? Pues si

trabajan, ¿cuándo juegan? y si juegan, ¿cuándo trabajan?

Está visto que en esta tierra hay muchas plantas exóticas.

—Vamos, D. Nicomedes, es menester tener paciencia y esperanza en Dios.

—¡Ay D. Lucas! si no fuera por eso, hace días que ya no viviria.—Cesante hace tres años, con treinta y ocho de servicio, sesenta y nueve de edad y una exígua cesantía de 3,600 reales, ya puede V. imaginarse cuánto tiempo hará que se han agotado todos mis recursos.

La mísera boardilla que habito me cuesta ocho reales diarios.

A mi edad, con mi salud quebrantada, y teniendo que atender á mi pobre mujer, que está ciega, no puedo continuar buscando un trabajo que en muchas partes he solicitado en vano, porque en la codicia de los hombres no cabe el reconocimiento hácia la máquina usada, de que acaso se sirvieron para labrar su fortuna, pero que ya no puede servirles.

Esta mañana mi infeliz mujer estaba desfallecida, y yo tambien.

No teníamos más que dos cuartos.

He ido á vender dos camisas suyas y el último pantalon que me quedaba servible.—De los míseros seis reales que por todo ello han dado, tres se los ha llevado el carbonero; y de los tres restantes, despues de haber comprado un poco de pan y otro poco de aceite para hacer una sopa, solo me restan veinticinco céntimos.

¡Y mañana!... ¡Mañana, exclamó sollozando, la pobre ciega no tendrá que comer!...

D. Lucas le da una moneda, cuyo valor no distingo, y el desgraciado cesante, despues de apretarle la mano, se aleja con paso trémulo.

¡Cuánto mejor fuera que el que goza de ren-



tas ó de sueldos que le permiten hacer tiempo para ir á paseo y al teatro, así como el que juega y á más del dinero pierde tiempo, juventud y moralidad, trabajasen cada cual en su esfera para procurarse una subsistencia cómoda, pero modesta, y aplicasen lo que del producto les restase al socorro del desvalido, que por la edad ó por los achaques no pudiese ya, como D. Nicomedes, continuar siendo un resorte útil en la gran máquina social!

Pero desgraciadamente esta idea no es una verdad, y por lo tanto el moralista jamás la ve brotar en torno suyo.

—Adios, Luisa.

—Hija, ¡cuánto me alegro encontrarte!

—¿A dónde vas?

—Yo, á Santa Cruz, á buscar estambres para bordar.

—Pues yo, á la calle del Cármen á comprar encajes.

—¿Pero has visto cuánto vago hay siempre en esta Puerta del Sol?

—¡Ay, hija! no se puede pasar por aquí.

—Dime, ¿quién es aquel muchacho con toda la barba que está parado allí?

—No lo sé; y es muy guapo; pero tan fátuo, que jamás mira á una mujer.

—Eso he reparado; pero yo no puedo quejarme.

—Hacia aquí viene.—Ahora verás.

—Chica, pues lo que es hoy, te ha dejado lucida: ni siquiera nos ha mirado.

—Y este que está aquí....

—Calla, no lo oiga.

—Señoras, ¿son VV. forasteras? ¿Necesitan VV. un guia? Tendré mucha honra en servir á tan preciosas criaturas.

—Jí.... jí.... ¡Caballero!

—¿Has visto qué necio?



—¡Anda! ¡allá va otro ganso! ¡qué pisoton me ha dado en el vestido!

—¡Si no se *pusió* V. en medio, con más cola que una cometa!

—Déjale, Luisa; si te digo que no se puede pasar por aquí.

—A mí me aburre lo que no es decible; y por lo mismo no sé cómo me las arreglo, que tengo que cruzar por este infierno seis ó siete veces al día.

—Pues lo mismo me pasa á mí.—Conque, adios, Luisa.

—Adios, hija mia.

Por lo que veo, lo que les pasa á estas señoras les pasa á otras cien mil.

Esto consistirá en que el comercio está reconcentrado en las calles inmediatas á este sitio; pero antójaseme que, si en este prado no hubiese constantemente tanta flor silvestre, no revolotearian en su alrededor tanta incauta mariposa.

### III.

Vamos ahora á la Carrera de San Gerónimo.

Aquí sí que están los centuriones de que nos habla Strabon, porque los señores que por aquí se ven se pasean como aquellos, y la mayor parte tienen traza de personajes.

—Hola, Alfredo, ¿cómo no estás en la oficina?

—Hombre, porque Julia se empeñó en que almorzase hoy con ella.

¿A que no se queda á almorzar con nadie este señor el día que den la paga en su oficina?

—Chico, ¿no sabes la desgracia ocurrida?

—¿Ha caído el ministerio?

—Nada de eso: por ahora estamos más firmes que un roble.

—¿Pues qué pasa?

—Que Juanito se ha suicidado porque anoche perdió en el Casino 200,000 reales que no eran suyos.

Es decir que, á más de tener el execrable vicio del juego, cuyos frutos son siempre funestos, atenta contra una existencia que tampoco le pertenece, puesto que la ha recibido del Supremo Hacedor. —Es decir, que no puede soportar, despues de su falta, la acusacion pasajera de los hombres; ¡y se atreve, no obstante, á arrostrar el juicio severo é infalible del Eterno!...

¡En qué espesas tinieblas se hallan envueltos, para muchos, los sólidos principios de religion y de moral, cuando tan frecuentes son las catástrofes de este género!

¡Y cuán poco anhelo en disiparlas hay en los que debieran á toda costa tratar de conseguirlo!

—Adios, señor de....

—¡Húm!!

—¿Quién es ese?

—Qué sé yo: un *quidam*, un empleadillo, ó un artista de mala muerte, ó un escritorcillo, ó un *cursi* cualquiera.—¿No ves qué facha tiene?

—Pues me habian dicho que es un jóven muy estudioso y aplicado, excelente hijo y muy buen padre.

—Podrá ser, pero es un *cursi*, vamos.

—Beso á V. E. la mano....

—Adios, señor D. Aquiles....

—¿Y ese?

—Este me debe tres mil duros; ¡pero tiene más chispa y más gracia! —Luego es un hombre *fashionable*: le conocí en París, y es descendiente de una nobilísima familia escocesa....

—¿Y nada más?

- ¿Te parece poco?  
—Adios, Laura.  
—Déjame en paz.—¿Esperándote ayer todo el día, y tú sin parecer por mi casa?...  
—Vaya, pobrecita, no te enojés.—Luego te mandaré el aderezo.  
—Pues adios.  
—Adios.  
—Y esa, ¿quién es?  
—Esta es una muchacha del teatro.—Veinticinco mil reales me cuesta el tal aderecito.  
—Señorito, una limosna por el amor de Dios, que soy viuda, tengo tres criaturas y estoy enferma.  
—Pídale V. la limosna al Gobierno, que nos esquilma con sus contribuciones, y no sea importuna.  
¡Veinticinco mil reales por el amor de una bailarina, y ni un ochavo siquiera por el santo amor de Dios!  
Esta impiedad sí que es una verdad de las que á cada paso halla el moralista para probar las palabras de *Bonstetten*.

Héme aquí en las Cuatro calles.—¡Qué bonitas!... á ver qué dicen estos mocitos y esa sirena encantadora que está hablando con ellos.

—¿Pues no queria ese tuno que trabajase yo seis horas al día por solo diez reales? ¡como no le den morcilla!

—Chico, has hecho bien. Anda y que trabaje él.

—Pues claro; mientras este aquí mi Paca, no me ha de faltar un duro en él bolsillo.

—Y *naa* más, chico.—Mira, ahí va el Tato. ¡Qué *salao* que es!

—¡Ya me vas tú cargando con la sal de los toreros!...

—Pues hijo, si te carga la sal, ve á trabajar y comerás un poquito de rejalgar....



—¡Agraece que está ahí el *ispetor* del *destrito*, que sinote quedabas ahora *mesmo* sin una muela!

—¡Y á mí qué!—¡Lo *mesmo* se *mi* importa el *ispetor* que el *Presiente* de los *menistros*!

—¡Eh! ¡éh!

—Un coche.

—¡Eh! ¡éh!

—Otro.

—¡Eh! allá va.—¡Raa, zagala!

—Un ómnibus.

—¡Eh! ¡éh! ¡¡hooo!

—Un carro.

—¡Eh! ¡éh! ¡éh!

—Un *simon*.—¡Otro!—¡Otro!—¡Ciento!—¡Mil!  
¡Jesús qué Babilonia!—Me *marcho* corriendo á casa y no vuelvo á salir hasta mañana.

#### IV.

Llevo tres dias sin hacer más que ir á la oficina donde han de despachar mi solicitud y esperar en balde la ocasion de ver al oficial encargado de su despacho.

Tres dias sin resultado, y otros dos que he desperdiciado en pasear por las calles, visitar los monumentos notables, y en ir á casa de la sobrina de un amigo y vecino mio en mi pueblo, de quien la traigo un encargo, sin haber conseguido verla, suman ya cinco dias perdidos.

A este paso mi viaje á Madrid va á ser un viaje á Indias.

La tarde está serena, y el sol, en su descenso hácia el ocaso, ilumina con sus dorados rayos las cúspides de las torres de la populosa córte de España.

Desde el balcon de la casa en que vivo veo á mis piés una calle triste y solitaria.

Al frente descubro infinitos tejados, chime-

neas, miradores y boardillas; porque el cuarto donde habito está á muchos piés de elevacion sobre el nivel de lo razonable.

En la calle hay tres corrillos de muchachos de diversas edades, pero de una sola profesion.

Todos son vagos.

Juegan á las chapas y hacen profusa ostentacion de conocer muy á fondo, á pesar de su temprana edad, el inmenso vocabulario de blasfemias, obscenidades y groserías más en uso.

Esto prueba la educacion que se da á las masas.

En una estrecha boardilla de las que están enfrente de mi cuarto, descubro un mísero lecho, en el cual hay una niña que apenas cuenta trece años.

Al lado de la cama, un perro de aguas que observa los más insignificantes movimientos de la enferma con esa mirada melancólica é inteligente, elocuencia muda y poderosa, propia de su raza, y que por sí sola explica más que infinitos discursos.

¡Pobre niña!

Una aneurisma femural que hace tiempo padece, la tiene postrada y con pocas esperanzas de salvarse.

La ví el primer dia que llegué á Madrid, y mi huésped me refirió cuanto de ella sabia.

Es hija de un desgraciado viudo, cuyas adversas vicisitudes le han obligado á buscar una ocupacion, que no ha encontrado sino fuera de Madrid, donde pasa toda la semana, y por lo tanto se ve precisado á dejar á la pobre niña al cuidado de una vecina, de un hermanito de aquella y de su leal perro de aguas.

Alí, — que así se llama este fiel guardian de la infeliz doliente, — ha tomado una actitud de atencion vigilante; de pronto se lanza hácia la puerta de la boardilla, resuelto, al parecer, á defenderla aun á costa de su propia vida.

Luego deja oír un ténue aullido, y su alegre

mirada é impacientes movimientos demuestran que es amigo el que se acerca.

Suena la llave de la puérta; ábrese ésta y aparece un niño vestido con una blusa azul, el cual trae en la mano un pucherito.

Es el hermano de la enferma, el cual se dirige hácia el fogon que hay en la vivienda, donde se ve algun rescoldo; aproxima el puchero á la lumbre y vuelve hácia el lecho, para cambiar con su hermana algunas palabras que no puedo entender.

—

—¡Agua! ¡agua! gritan en este momento los chicos que hay en la calle; y en el mismo instante corren desbandados y como exhalaciones hácia la esquina opuesta.

Un alguacil los persigue y logra detener á uno de ellos, el cual, con lágrimas y alaridos, pugna por evadirse, y jura que él no jugaba, á pesar de tener aun las chapas en la mano.

Reúnese bastante gente, y cuando el dependiente municipal se dispone á conducirlo ante la autoridad, un hombre se interpone para defender al muchacho.

Este logra escaparse, y al ir á perseguirle de nuevo, varias mujeres exclaman:

—Vaya, déjele V.—¡Pues no falta ya más sino que ni los chicos puedan estar seguros!

—Señora, es que escandalizan, y está prohibido.

—A V. sí que lo habian de prohibir, dice una vieja que se ha asomado al ventanillo de una cueva.

El alguacil se va sin responder ni una palabra: cada cual hace otro tanto, excepto el primer defensor del muchacho detenido.

Y á los cinco minutos vuelven á comparecer los jugadores, tornan á sonar las chapas y sigue la funcion como antes.

—



Al poco rato sale corriendo á la calle el niño de la blusa azul, vuelve la esquina y desaparece.

La puerta de la boardilla ha quedado entornada, y *Alí*, sentado de cara á la misma, mira con ojo avizor el descansillo de la escalera.

Antes de dos segundos aparece de nuevo en la calle el hermanito de la enferma con una rosca en la mano, cuidadoso obsequio que lleva á su querida hermana, que le ha manifestado deseo de tomar un poquito de pan con el caldo que antes le ha traído, preparado por la caritativa vecina.

—¡Trae aquí esa rosca, silbante! le dice uno de los jugadores, al pasar junto á ellos.

El niño la esconde precipitadamente debajo de la blusa y trata de huir.

—¡Como que te vas á escapar! exclama otro de aquellos tunos cerrándole el paso.

—Que suelté la rosca, gritan todos.

Y uno le da un empujon, otro le quita la gorra, este le asesta una puñada, aquel un golpe, hasta que derribándole en tierra, consigue el más osado apoderarse de la rosca.

En vano el pobre niño les ha suplicado que le dejen; inútilmente les ha dicho que era para su pobrecita hermana: nada han escuchado, y ni aun siquiera han oído sus ruegos, perdidos en aquella confusion de voces, de injurias y de barbaridades.

La vieja del ventanillo, que de nuevo se ha asomado, no ha tenido más palabras para condenar tal infamia, que la de exclamar: ¡Jesús, que *endinos* de chicos!

Las mujeres que antes abogaron por la libre facultad de divertirse dónde, cómo y de la manera que á cada uno de aquellos holgazanzuelos le acomodase, miran la escena con la mayor indiferencia.

Y el defensor del jugador detenido, que habia continuado en la calle, mira el ataque, se sonrió brutalmente y desaparece.

¡Nadie acude en auxilio del pobre niño!...